

La trinidad

(Cuento)

Escribe: CARLOS DELGADO NIETO

Estoy seguro de que no me había dormido. Era solo un sopor producido por el calor y el almuerzo recargado de grasas.

Yo había empezado a recordar a Claudia desde temprano, desde que vi cruzar a la mujer que se paseaba a caballo por los terrenos del hotel contiguos a la carretera, cuyos cabellos cortos y sueltos tenían el mismo color del caballo y los mismos reflejos de miel bajo el sol de las once. Esa mujer no se parecía a Claudia, a quien nunca he visto a caballo, pero dudo que tenga como jinete la bizarría mostrada por la paseante del hotel y que a su cuerpo se ajusten tan cabalmente los *slacks* blancos y la blusa dorada.

Claudia tiene buena estatura, pero es desgarbada y pálida. Y esta última cualidad es la que me hace escribir estas líneas, ya que en el sopor de la siesta se me apareció rosada, con un rosa oscuro que abarcaba todo su rostro. Era un tono que yo había visto (que había vivido quizá) en otra mujer, una mujer que no lograba identificar en mi mente, pero que me causaba una gran desazón con el solo intento de recordarla. ¿Quién era?, ¿quién había sido esa mujer? Esta pregunta, cada vez más insistente, me sacó del sopor, del dulce entresueño en que me hallaba, y me impuso una vigilia torturante que me llevó de uno a otro lado del hotel en busca de refugio contra el calor y la soledad. Con un libro en la mano me instalé primero en el vestíbulo, cerca del pequeño almacén de vestidos de baño y blusas de veraneo, donde la joven vendedora se mostraba tan despierta y activa que quizá no había almorzado. La resolana, contra la cual eran impotentes las enredaderas, me hizo huír del vestíbulo hacia los alrededores de la piscina. Allí, con el agua, los reflejos solares eran todavía más intensos, y me encaminé al comedor. No resistí mucho tiempo aquella sociedad fantasmagórica de las mesas vacías con los manteles puestos, ni la musiquilla que salía por los altavoces, tranquilizante tal vez para otros, pero en mí producía el efecto contrario. En el comedor no había reflejos solares ni se sentía mucho calor; allí habría podido abrir el libro, pero no tenía deseos de leer. Me dediqué, en cambio, a hacerme reproches: me dije que había sido una estupidez haber ido solo a ese hotel, que no es

bueno estar solo mucho tiempo... Desde esas mesas que parecían una flota de guiñol no se veía la carretera con sus buses y automóviles, que habrían sido una distracción para quien no tenía urgencia de trasladarse a ningún sitio. En cambio, era ineludible a pesar de la música, el zumbido del río, del río furioso cuya frescura no era posible disfrutar, ya que corría por un abismo, y el acceso al borde de ese abismo estaba cerrado por una muralla. No obstante los amplios espacios que tenía ante mis ojos, me sentía atrapado, cogido por una gran mano que yo mismo había creado. Y estaba la luz, todo ese montón de luz que yo no necesitaba para nada.

“¡Ah, Dora!... Ella es la de la piel rosada”, me dije parcialmente aliviado mientras abandonaba el comedor para refugiarme en el bar, fresco y penumbroso, con su sofisticación de bambúes y cortinas, con las pequeñas butacas decoradas con motivos indígenas. Allí sí habría leído, pero no había luz suficiente. Me dediqué entonces a pensar, y sacudiendo la cabeza en forma que hizo mirar al camarero, me dije convencido: “No, no son dos mujeres”. ¡Es una sola! ¡Son una sola! Pero esta idea de la simbiosis de Claudia y Dora fue como una alucinación que pasó pronto y me dije: “Nada de eso, son bien diferentes: Dora es rubia y más bella que Claudia. Pero cualquiera de las dos que estuviera aquí conmigo...”.

Al llegar, la noche anterior, había visto en el pueblo cercano, donde debí desembarcar y donde paraban todos los buses y automóviles de línea, unas pequeñas ventanas protegidas del sol y de la lluvia con un lienzo. Se me ocurrió que allí podría, haciendo un recorrido minucioso, conocer los frutos de la región, que nunca sirven en los hoteles de lujo, y que habría también muestras de artesanía vernácula.

Al caer el sol me encaminé al pueblo. Lo de los frutos y las artesanías me interesaba, ciertamente; pero en mi interior sentía que ante todo yo iba a esperar a alguien, y me inquietaba pensando que tal vez no estaba bien preparado espiritualmente para recibir a ese alguien.

Los frutos los había conocido ya en otra región de condiciones geográficas semejantes, no así la cerámica hecha con arcilla negra y que me dio la impresión de poseer poderes mágicos: los cántaros de forma humana con grandes orejeras, lo mismo que los jarros y las cazuelas, me parecieron talismanes, cosas de hechicería que no me atreví a tocar. Estos objetos negros y lustrosos, de ascendencia indígena, me absorbieron largo rato; pero volví a mi labor de vigía, atisbando cada automóvil o autobús que llegaba, del norte o del sur. De uno de los autobuses bajó una mujer portando un maletín muy pequeño, de los que se usan para ir a un balneario o a un sitio muy cercano. “¡Es Claudia!” me dije sin quitar la vista de la mujer, que podía perderse entre viajeros y transeúntes. Siempre mirándola avancé hacia ella, que al parecer se encaminaba a la droguería del pueblo. Los transeúntes y la deficiente luz del anochecer me impedían identificar bien a la recién llegada, por lo cual no me apresuré: no quería hacer el oso saludando a una desconocida. Ya cerca de la droguería pude ver mejor y me dije: “¡No, es Dora... Es la más bella!”. Fue entonces cuando me decidí a abordar a la mujer, dentro de la droguería. Pero ella había hecho una compra muy breve (o yo me había detenido, vacilante), y cuando fui a entrar ella salía. Me quedé estupefacto:

no era ni Dora ni Claudia; era la mujer del caballo, luciendo un vestido crema completamente femenino. La mujer me miró de frente, deteniéndose un poco, y tal vez a causa de mi aire confundido o de algún gesto afligido que debí hacer, prolongó su mirada sonriendo con sorna. La vi tomar el camino del hotel, pero como no éramos conocidos ni estaba yo en condiciones de forzar una nueva relación, de galantear ni conquistar, me limité a una inclinación de cabeza (torpe, sin duda), y entré como si también fuera a comprar algo. Después de mirar casi sin ver las drogas y lociones de la vitrina, salí de la droguería preguntándome: "¿Es posible que una mujer sea tres mujeres a la vez?", y sin querer recordaba las figuras de cerámica negra.

Con el desconcierto que me produjo el encuentro frustrado, me puse a andar por la plaza del pueblo sin interesarme en nada, viendo llegar la noche con una doble sensación de rabia y desamparo. Esta sensación persistió a pesar de la cerveza que tomé en un café alumbrado con luz de neón. Allí abrí el libro, por fin, pero no logré interesarme en él. Como una res que va espontáneamente al matadero, volví sobre mis pasos en dirección al hotel.

Ya era, sobradamente, la hora de comer cuando llegué al hotel, pero no fui en seguida al comedor, sino que me quedé en el vestíbulo. Todo el cuerpo se me aflojó al sentarme, y el libro cayó entre mis piernas, sobre las cintas plásticas de la silla. Habían pasado pocos minutos cuando alguien se sentó a mi lado. No miré quién era, no esperaba yo encontrar a ningún conocido. Me llegaba, sin embargo, un olor a baño, a frescura femenina. Yo seguía mirando frente a mí, hacia la entrada, aunque sin ver a ninguno de los que entraban. En cambio, vi de pronto ante mis ojos, desenfocado por la cercanía, un objeto blanco y delgado que se movía levemente. Después de echar atrás la cabeza para mejorar la visión, identifiqué el cigarrillo y la mano trigueña que me lo ofrecía. Automáticamente tomé el cigarrillo y busqué en seguida el rostro de la oferente. Encontré la sonrisa que había visto en la droguería del pueblo, ya no solo burlona sino además pedante.

La mujer del caballo ya no me miraba. Estaba ensimismada, contraída, y con el ceño frucido parecía concentrar toda su persona en la labor de extraer de la caja un cigarrillo para ella. Yo le ofrecí fuego y ella lo agradeció con un breve y enérgico movimiento de cabeza. Siguió allí sentada, quieta, en una actitud sin relieve, doméstica; pero yo la veía a caballo, heroica y dominadora. No me miraba, no sonreía, pero yo me sentía capaz de esperar por todo el resto de mi vida el regreso de la sonrisa y la mirada.

Volví mis ojos hacia la mano que sostenía el regazo la caja de cigarrillos, y vi en ella simultáneamente la muy masculina y activa de Claudia y la mano larga y pensativa de Dora. No sentí el deseo de tomar aquella mano sino, al contrario, de ser tomado, atrapado por ella.

Y fui atrapado. Perdí mi voluntad, pero no lo lamento. Con mi voluntad nunca conseguí nada, y ahora tengo tres mujeres en una. En cuanto a ella (la mujer que duerme aquí cerca, triunfante, confiada en su poder) quién sabe cuántos hombres tendrá en mí.